



VICENTE HUIDOBRO EL CIUDADANO DEL MUNDO



—¿Es cierto que usted conoció a Huidobro? —se pregunta un poeta joven. Lo dice con un gesto de incredulidad, como si se tratara de François Villon o del Arcipreste de Hita. —Sí, lo conocí y fui su amigo, haciendo la salvedad de la diferencia entre nuestras edades. Huidobro debió prolongar mi primer libro, del que conservo unos apuntes que no quise publicar en su conmemoración, porque Vicente falleció el 2 de enero de 1948, meses antes de aparecer mi *Capitana de la noche* con un hermoso prólogo de Roberto Guerrero.

—¿Cómo era el poeta en la intimidad? —Huidobro era una fiesta de ingenio y descubrimiento perenne. No creo haber conocido a un creador más activo de inteligencia, más audaz en sus ideas, más franco y desahogado en su modo de hablar que Vicente Huidobro. Todo en él era creación, ideas imprevistas, imágenes contrapuestas en un monólogo de cuya atracción era difícil salir, siempre a la espera de hallazgos inusitados. Por algo Benjamín Pérez lo llamó "músico de la invención" y Eduardo Anguita dijo que "Huidobro es la más brillante de las imágenes literarias que haya producido la poesía universal".

—¿Cómo era su relación de amistad en la Sociedad de Escritores?

—Nunca lo vi en la Sociedad de Escritores, creo que ni siquiera era socio. Huidobro vivió la mayor parte de su vida fuera del país: en Francia, Italia, España, ocasionalmente en Inglaterra. Cuando estuvo en Chile, siempre de paso, fundó pequeños círculos, donde reinaba como en casa propia. Después de la Segunda Guerra Mundial fue propietario del café Miraflores, que administraba Santiago Ontañón, un español refugiado, famoso por sus caricaturas. Allí se reunía la pléyade de los intelectuales de la época, en su mayoría extranjeros y "huidobrianos" de oficio. Entre los chilenos, recuerdo haber visto allí a Lenka Franjlic, Joaquín Edwards Bello, Rosamón del Valle,

UN INCOMPRENDIDO

—De modo que no hubo una convivencia real con los escritores chilenos...

—En la primera época, sí, antes de su prematuro viaje a Europa. Pero el medio intelectual chileno, igual que a Gabriela Mistral, siempre le fue hostil. Le gente de aquí no comprendió su condición rupturista, su afán innovador, los postulados iniciales de su creacionismo. Después se vinieron con su altanería, con su desenfado interior, con su arrogancia extrema. Los poetas de entonces vivían pidiendo perdón por haber

nacido, no se atrevían a ir más allá de una poesía convencional bajo la influencia retardada del clasicismo español y el simbolismo francés.

—¿También Neruda y la Mistral?

Nadie conoció a la Mistral antes de *Los sonetos de la muerte*, que bien sabemos que causaron escándalo y reacción envidiosa de la crítica; Gabriela habría permanecido en el silencio de no mediar su invitación a México y el apoyo oficial de Vascóncelos. En cuanto a Neruda, él debe recordar que *La canción de la flor* en el año 21, y del 23 *Crepusculario*, publicaciones que sólo tuvieron repercusión en el ámbito estudiantil, muy lejos de presagiar el Neruda internacional que vendría después. Huidobro, en cambio, triunfó en Buenos Aires en 1916 y el 18 causó expectación en España y Francia, produciendo el segundo renacimiento latinoamericano que habría de sufrir la poesía española después de Rubén Darío. Fue él quien abrió la ruta internacional a la poesía chilena y si que comenzó a clarificar su prestigio, fama que más tarde adquiriría múltiples voces hasta convertirse en coro de validez universal.

—¿Qué opinión le merece la obra de Huidobro, en su conjunto?

—En apariencia, se habría dicho todo lo que había que decir, pero la influencia de Huidobro va más allá de su vigencia actual, aun cuando su teatro se comienza recién a descubrir y a

reactualizar con una concepción moderna, lo que está indicando su condición de avanzada. Buena parte de su poesía, con excepción de *Altazor* y *Tumbador de Cielo*, me parece un maravilloso lenguaje, un espectáculo de pirueta lírica, en que predominan las imágenes en cadena, con una especie de delectación en el lenguaje que muchas veces supera el contenido. Pero esta sobreabundancia, esta avidez inventiva, esta innata asociación de elementos dispares e imprevistos, hizo mucho bien a la poesía chilena, contribuyó a limpiarla de romanticismos floridos y filosofías baratas, de todo eso afán didáctico repetido sin cesar en las escuelas. Muchas de las experimentaciones mueren de la poesía chilena no habrían existido sin Huidobro; él fue el innovador por excelencia, el que abrió el abanico hacia múltiples posibilidades, el que se atrevió a ser seguido y conocido más allá de todo riesgo.

SU "ALTAZOR"

—¿Cómo calificaría usted *Altazor* desde un punto de vista crítico? Porque no es un poema épico, ni un poema...

—Poema épico en ningún caso. Si existe un poema lírico ejemplar en la poesía moderna, éste es el *Altazor* de Huidobro. Cedomil Goic lo consideró "la obra más notable del creacionismo y una pieza singularísima en la poesía universal". Singular por su intención de ex-

plorar en profundidad las contradicciones del hombre contemporáneo, expresión de una cultura insolente y deshumanizada, cimentada en el exceso materialista. Huidobro condensa aquí el fracaso de una civilización que se caracteriza por su destructivismo, su belicismo y su angustia extrema, dentro de la cual el hombre se debate en apatía, en indolencia, dejando al margen los valores de su vida espiritual y su capacidad creadora. Ocurre, sin embargo, que este desencanto, esta posible proyección a un infinito incierto es otra forma de evasión que está planteada, pero no resuelta, con lo cual el poema adquiere una intensa calidad dramática.

Es lo que no ha visto un sector importante de la crítica; no ha percibido el "ánimo metafísico cargado de congojas", no ha reparado en el drama de su angustia existencial. Me parece que *Altazor*, en su dimensión de angustia, va más allá de cualquier interpretación limitada, como se evidencia en la nostalgia del prólogo, que revela un mundo cosmocósmico, pero lejos de la comprensión que tiene. Nacié a los treinta y tres años, el día de la muerte de Cristo; nació en el equinoccio, bajo las hortensias y los naranjos del calor... Mi madre hablaba con la aurea y como los dirigidos que van a caer. Tenía cabellos color de bandera y los ojos blancos de nuestra lejaneja. Como es fácil apreciar, impregnó el sentimiento por sobre el conocimiento científico a que tanto se piraba Huidobro; la soledad de un sistema completo, el sentimiento de lo desconocido, el fracaso de la aventura humana y que desde la inutilidad de vivir, la sensación de caída irreversible simbolizada por el paracaidista (recuérdese el subtítulo del poema) que fatalmente irá a dar a la muerte, ante la cual de nada sirven las declaraciones arrogantes.

EL ENAMORADO

—Pero no me ha dicho nada de cómo conoció a Huidobro.

—Lo conocí en el balneario de San Sebastián, en Chile, por supuesto. Allí llegó una tarde, acompañando a una de las muchachas de nuestro grupo (era un eterno enamorado). Cebalgaba en brioso caballo, vestido con elegancia sencilla, de guantes y sombrero de cazador. Se incorporó al grupo y comenzó a charlar; habló de todo con una pasión naturalidad (era evidente que le gustaba escuchar). Habló de la técnica del colorido en las telas de Giotto, del sistema monetario en Suiza, de los personajes novelescos de Gogol y Dostoievsky; de cierto gusto, que una noche de tempestad en el Arcio se había puesto a cantar. Habló de la guerra, de la psicología belica alemana, de la caída de Cataluña y la defensa de Madrid, de unas vacaciones con Picasso en la Costa Azul, de los colegas surrealistas y los bufidos de madame Charlot.

No había que ser mago para reconocer en él a un hombre de mundo, a un ser que había viajado mucho, que

había alternado con seres extraordinarios y presenciado los acontecimientos esenciales de su siglo. Lo curioso es que no hacía la menor ostentación de este bagaje, sino que la vivencia se daba como un hecho simple, como algo cotidiano de interés relativo.

—Durante las vacaciones del 42 y 43 tuve oportunidad de verlo muchas veces. En dos ocasiones alojé en su casa de Cartagena y pude disfrutar de las tertulias nocturnas junto al grupo de sus invitados: el abate Nicolás, el pintor español Jaime del Valle, Inés, Lenka Franjlic, Godofredo Iomzi, Eduardo Molina Ventana, Juan Radi Young, más allá de cualquier interpretación limitada, como se evidencia en la nostalgia del prólogo, que revela un mundo cosmocósmico, pero lejos de la comprensión que tiene. Nacié a los treinta y tres años, el día de la muerte de Cristo; nació en el equinoccio, bajo las hortensias y los naranjos del calor... Mi madre hablaba con la aurea y como los dirigidos que van a caer. Tenía cabellos color de bandera y los ojos blancos de nuestra lejaneja. Como es fácil apreciar, impregnó el sentimiento por sobre el conocimiento científico a que tanto se piraba Huidobro; la soledad de un sistema completo, el sentimiento de lo desconocido, el fracaso de la aventura humana y que desde la inutilidad de vivir, la sensación de caída irreversible simbolizada por el paracaidista (recuérdese el subtítulo del poema) que fatalmente irá a dar a la muerte, ante la cual de nada sirven las declaraciones arrogantes.

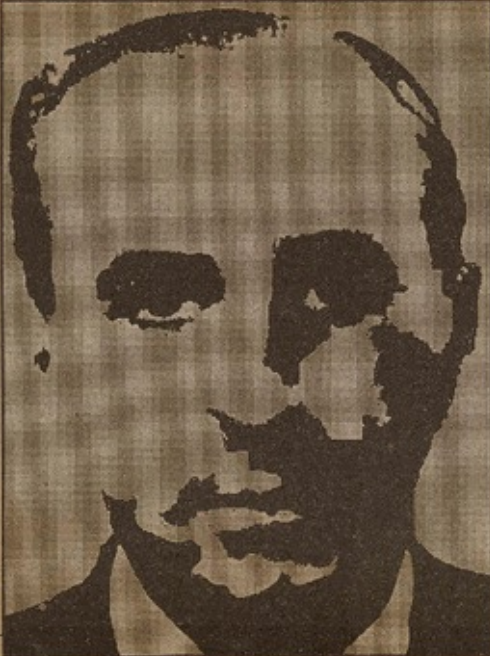
ANTIPOETA Y MAGO

—Tiempo después vino a saber que había en él una segunda realidad: su existencia trágica.

Nunca se llegó a advertir dónde termina la verdad y dónde comienza la fábula en la vida de Vicente Huidobro, antipoea y mago, como gustaba denominarse. Se dicen de él tantas cosas, varias de ellas comprobadas: que siendo escolar, se robó a una hermosa niña desde un balcón florido; que se botó a él solo en saltar; que se matriculó, a los veinte años, fue el más fastuoso de la época; que a pesar de su sistema, en su casa materna había cura propio; que fue capitán de artillería en la Guerra Civil Española; que lo regó en Inglaterra un grupo de rufianes nazis; que fue candidato a la Presidencia de la República, apoyado por los estudiantes; que durante una tormenta oficial, fue confundido con un príncipe; que arrancó de su escritorio el teléfono de Hitler; que fue el primer oficial latino que rompió el cerco de Berlín. Su anecdotario sería de nunca acabar.

—Dada esta experiencia, ¿cuál sería su consejo acerca de Huidobro?

—Hay que leerlo completo y releerlo cada cierto tiempo, porque hay cosas de su obra que seguirán creciendo. Desde luego, en los estudios críticos que existen no se ha tocado la novela, en la que se encontrarían gráficas sorpresas, particularmente en *Cagliostro* y *Mío Cid Campeador*, que debería incorporarse a los planes de educación al margen de su vida histórica. Luego, reestudiar su creacionismo, porque es una de las raíces importantes de la actual poesía chilena; la obra de Nicanor Parra, por ejemplo, se haría incomprendible sin el conocimiento previo de Huidobro.



EN DOMINGO • Fortín Mapocho

Vicente Huidobro el ciudadano del mundo : [Entrevista] [artículo]

Libros y documentos

AUTORÍA

Ferrero, Mario, 1920-1994

FECHA DE PUBLICACIÓN

1990

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Vicente Huidobro el ciudadano del mundo : [Entrevista] [artículo]. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile